

# HISTORIA DE MIS POEMAS

Por Adrián FERRERO

Este escrito servirá para ordenar un camino que parecía deshilachado. Es un escrito que formulo como pensando en voz alta. Me referiré a mi sinuoso sendero en relación con la poesía. Una relación que ha tenido momentos de auge y momentos de retracción. Y ahora diera toda la impresión de ser una práctica (ciertos recursos acompañados de una cierta inspiración) de producción con mucha intensidad. Y de modo más acertado. Más feliz.

Desde mis primeros poemas, escritos sobre todo durante mi primer año de Universidad o poco antes, mientras cursaba la carrera de Letras en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), es cierto que la poesía afloraba con fluidez (al igual que los microrrelatos). Yo no debía pelearme con los papeles. Había una clase singular de poemas. Se trataba de sentencias o reflexiones a los cuales el poema les prestaba su forma bajo la forma de una frase. Recuerdo también algunas publicaciones insulares en alguna revista de literatura de La Plata, ciudad en donde resido. Lo cierto es que, por ese entonces, pese a todo, la balanza se inclinó hacia el cuento. Ignoro el porqué de estos vaivenes selectivos. Pero también es cierto que pese a ser inexplicable o misterioso el motivo por el cual nos consagramos a un "género" y no a otro, también es cierto que esta inclinación va acompañada de varios otros factores. Estímulos, encargos, lecturas sistemáticas, inclinación y facilidad para escribir un cierto tipo de género más que otros. También el hecho de haberse volcado intuitivamente más a uno que a otro género, nos hace tener más oficio y, por lo tanto, más experiencia de lectura y escritura en él.

Colaboré con el diario de mayor tirada de mi ciudad con artículos de crítica literaria, crítica cultural, reseñas de libros, entrevistas y cuentos a partir de 1995. El diario era territorio de prosistas. Eso siguió sucediendo todo a lo largo de mi vida. Hasta que alrededor de mis 25 años participé de un colectivo de escritores con el que salíamos muy de madrugada, todo oscuro en torno, a pegar nuestros poemas en afiches en las paredes de los edificios más céntricos con engrudo, en particular los situados en la calle 7, la avenida más populosa y más transitada de La Plata. Era emocionante y era hermoso luego escuchar las repercusiones de los transeúntes/lectores. El shock que de inmediato experimentaban al leer esos poemas sacados del contexto o del marco habitual del libro, ubicados en espacios no convencionales. Realizamos lecturas de poesía en bares. En otras ocasiones visitábamos radios leyendo al aire nuestras producciones escritas. Pero el foco estaba puesto en la poesía.

La Universidad, el trabajo, formar una familia significaron para mí la retracción de mi capacidad de trabajo poético (problema que ahora no tengo porque mi hija vive sola y estoy divorciado). Tengo la libertad de hacer con mi tiempo lo que desee. También escribo otra clase de publicaciones: cuentos, ensayos, artículos críticos,

reseñas de libros, entrevistas a escritores y trabajos interdisciplinarios con artistas plásticos y fotógrafos profesionales.

En 2018 aproximadamente, luego de una jornada de lecturas que organizaron las poetas Ángela Gentile y Norma Etcheverry de La Plata, con su proyecto Hybris, también publicaron pequeños libros con parte de nuestros poemas. Mi librito se tituló "Mar, bajo la luz de la luna" y recopila tanto poemas muy recientes como otros remotos.

En 2005 yo había publicado un poemario de poesía erótica, *Cantares*, en la Edulp (Editorial de la Universidad Nacional de La Plata) con buena acogida. Que una editorial académica dependiente de una Universidad Nacional argentina apoyara el libro no fue un aval menor. Es cierto que seguí escribiendo poesía más o menos clandestinamente. Pero tomádomelo siempre con toda seriedad.

De los seis talleres de escritura a los que asistí a lo largo de toda mi vida (ahora tengo 51 años), cuatro fueron de narrativa breve y solo dos de poesía. Esta circunstancia promovió mi trabajo y mi reflexión sobre el cuento en desmedro del poema. O, en todo caso, mantuvo latente la necesidad de profundizar en la poesía, sus herramientas, sus recursos, su fundamento, su lógica interna, sus procedimientos. Me di cuenta de que debía, por un lado, leer más poesía. Por el otro, escribirla con más asiduidad. Tenía, como se dice vulgarmente, que "aflojar la mano". Pero mi mano no estaba suelta. Los poemas todavía ofrecían resistencias porque llevaba al prosista mucho más dentro de mí que al poeta, pese a que tuviera una experiencia considerable, de lecturas y de ejercicio.

En 2000 la Editorial de la Municipalidad de La Plata, La Comuna Ediciones, me invitó cordialmente a publicar mis poemas en una de sus antologías, a lo que accedí de inmediato. Más tarde fueron comentados tanto esos poemas como uno de mis cuentos en la *Historia de la literatura de La Plata* realizada por la Prof. María Elena Aramburú (narrativa) y el Prof. Guillermo Pilía (poesía).

Durante 2013, primero, y mucho más tarde, 2021 y 2022, trabajé con dos maestras de escritura en el campo de la poesía. Dos grandes maestras de escritura: María Negroni, primero, Susana Szwarc más recientemente. Poetas consumadas y consagradas, tenían mucho que enseñar a un novato. Ellas tenían mucho para dar a alguien que se está iniciando en la reflexión sobre el lenguaje poético. Yo me consideraba inmaduro frente a estas acróbatas o trapecistas de la palabra, que se movían por la poesía con un rigor y una capacidad de invención realmente prodigiosos. A lo que agregaría una sobrada erudición.

En una publicación de la ciudad de La Plata, una Página Web, llamada "Tuerto Rey", allí se editaron y se dieron a conocer toda una serie de poemas. Duros, por cierto, los de ese momento. Fue la etapa en la que yo percibía el mundo a partir de la conflictividad del orden de lo real, lo que era particularmente perceptible en la convivencia en sociedad. No se trataba exactamente de poemas tristes o de poemas sin vitalidad. Sino de poemas que de modo descarnado daban cuenta de un mundo que castiga a muchas personas: niños, adultos y viejos. De otros blogs o Páginas Web consagrados a la poesía también me pidieron o envié producto de mi iniciativa colaboraciones en poesía.

Hacia el final de esta etapa, entre 2020 y 2022, publiqué en una Revista cultural independiente de NY de la que soy columnista hasta el presente, series de poemas bajo la forma de dípticos, trípticos o tetralogías. En ocasiones versificando la vida

de escritores de la literatura universal o las relaciones que se establecían entre ellos. En otros casos referidos a ciudades o lugares. Por citar un ejemplo: hubo un “Tríptico de Ginebra”, un “Tríptico de Irlanda”, un “Tríptico de París”, una “Tetralogía de escritoras norteamericanas” y así los espacios o los escritores fueron configurando la armazón según la cual mis poemas se desplegaban sobre la página de un modo semánticamente coherente. Trabajé con regularidad en el campo de la poesía publicando con una enorme satisfacción y una sensación de inmensa libertad y realización. Era emocionante esperar a los días miércoles en que la revista de NY los publicaba para verlos por fin plasmados en el contexto de una publicación. Pero había aún inmadurez en mi poética. Eso me resultaba indiscutible.

Entre tanto escribí artículos críticos sobre poesía, reseñas críticas, entrevisté a poetas. Me invitaron desde un blog en el que yo ya había colaborado, “La infancia del procedimiento” a enviarles material en torno de la idea de qué relación se establecía entre la poesía que escribíamos y el niño que habíamos sido. El blog contemplaba, además de un testimonio de nuestros procesos creativos, poemas nuestros, fotografías y manuscritos digitalizados. Para fin de este año, 2022, se publicará un libro digital con parte de esas colaboraciones.

Pero hubo un hito, que no quisiera pasar por alto porque fue de naturaleza trascendente: me vinculé por azar o predestinación con la gran poeta, escritora y artista plástica de La Plata, Azucena Salpeter, también egresada de la carrera de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata. Congeniamos de inmediato. Y sus poemas, desperdigados por Facebook primero, más tarde encontraron albergue en un libro asombroso: *Gringa formoseña* (Ed. en Danza, 2020), cuya ilustración de tapa es una pintura que le pertenece. Son poemas que literaturalmente sacudieron los cimientos que yo creía estaban sólidamente consolidados de mi escritura poética. Los poemas de Azucena jugaban con lo impertinente, lo desafiante, lo insumiso, lo salvaje, lo irónico, el humor, el desenfado, lo salvaje, lo directo, lo irreverente, lo atrevido, sin dudar un instante de lo que estaba escribiendo. Percibí de inmediato que estaba ante una poeta segura. Leer sus poemas fue ingresar en una experiencia transformadora. Como volver a nacer a la poesía. Fue literalmente como volver a aprender a leer y escribir. Azucena durante un fugaz intercambio me explicó que para escribir poesía “también hacía falta imaginación”, citando a un común maestro de escritura que habíamos tenido, sin cruzarnos en ninguno de sus grupos en carácter de asistentes. Comprendí que debía empezar de nuevo. Debía empezar a partir de cero. Hacer tábula rasa. Me hacía falta morder del fruto de la imaginación. Mis poemas eran demasiado abstractos, su sustancia era de naturaleza especulativa. Eso a mi juicio no estaba necesariamente mal. Pero también tenía la sensación de que tendían a ser metafísicos: era el triunfo del mundo de las ideas por sobre el mundo de las imágenes.

En 2021 comencé a producir y publicar más poemas en una revista cultural de México. Escribí poemas sobre Noruega, sobre mis antepasados, sobre la Guerra de Ucrania. Estas series fueron el resultado (no la de Noruega) del trabajo muy a fondo en el contexto del taller literario de Susana Szwarc. Es una escritora implacable, haciendo alusión con este adjetivo al rigor y la seriedad de su trabajo. Nada, ningún verso, palabra, acento podía quedar librado al azar o pasarlo por alto.

En 2022 desde un programa de radio, me pidieron que les enviara poemas grabados en el celular con el objetos de emitirlos al aire. Así se hizo. El programa se llama “Maldición eterna a quien escuche este programa”.

Hace unos diez días recibí la invitación a publicar en una revista de una Universidad de NY, la CUNY (City University of New York). Me contactaron porque estaban interesados en publicar algunos de mis escritos. Primero les envié un cuento, que fue lo que ellos me habían solicitado. Pero como me pedían más material, porque les interesaba mostrar un perfil lo más amplio posible de la poética de los autores se me ocurrió otra idea. De modo que les envié una serie de poemas recientes y los aceptaron de inmediato. Saldrán dentro de muy poco.

Y tanto en la revista cultural independiente de NY en la que colaboraba como en la de la Universidad de NY, vi que se habían tendido puntas que atravesaban los hemisferios. También las culturas. Si bien conjeturaba que la mayoría del lectorado sería el de latinos, no menos cierto es que también se me ocurrió que uno ignora el destino final de sus escritos. Y de que también las redes sociales suelen hacer prodigios en la difusión de lo que hemos publicado. Por lo general, como dije, suelo armar series con un común denominar bastante evidente. Y en otros casos el criterio de ordenación y presentación son completamente arbitrarios para los lectores, pero significativos para mí.

Este año, 2022, me vinculé a un colectivo de escritura, “Filopóiesis”, de Chile. Les ofrecí luego de un intercambio mis poemas y les envié una serie. Se manifestaron (así me lo señalaron) interesados en mis producciones literarias. Tienen distintos espacios de publicación (me explicó su coordinador).

Sigo publicando en Facebook poemas inéditos en forma insular, no en series. Por momentos pasan desapercibidos o por momentos en cambio generan gran adhesión. Los lectores dejan comentarios según el impacto que les haya producido el poema. Los motivos (así como la lectura) son siempre muy aleatorios. Pero, en un punto, diría que sí gratificantes.

Todo conduce a pensar que este será el año de la poesía para mí. No lo digo como una expresión de deseos, sino que esa orientación viene siguiendo mi producción. En todas las revistas con las que colaboro tienen en estos momentos series de poemas míos que acaban de salir o saldrán próximamente. Y espero con expectativa las publicaciones en las dos revistas de NY, la ciudad más cosmopolita de EE.UU. Para la del colectivo de escritores hará falta esperar un poco más. Se toman su tiempo para evaluar, elegir y publicar. Tampoco tiene sentido lanzar al mundo editorial o saturar a mis lectores (y a mí mismo) con mis poemas. Me inclino a pensar que el silencio debe hacer contrapunto con la palabra. Para lo cual también será bueno tomarme un descanso de las publicaciones. Aunque siga escribiendo. Por lo pronto, la poesía está reinando por encima de cualquier otra manifestación literaria de las que habitualmente yo producía. No desoigo el llamado. Y algo me dice que es una buena oportunidad para ir pensando en la publicación de un libro, si bien tengo tres inéditos. Se verá. Por lo pronto leo a poetas o a prosistas de escritura exquisita, que podría adjetivar vagamente, como de atmósfera, clima, construcción y efecto, de naturaleza poética.

No diría que he sido un lector responsable de poesía, pero sí he leído muchos libros. Los primeros autores que vienen a mi mente son Fernando Pessoa, Joaquín Giannuzzi, Roberto Juarroz, Silvina Ocampo, Borges, María Negroni, Diana

Bellessi, Tamara Kamenszain, Marina Colasanti, Arthur Rimbaud, Adela Basch, Alejandra Pizarnik, Juan L. Ortiz, Olga Orozco, Arnaldo Calveyra, Susana Thénon, Néstor Perlongher, Juan Rodolfo Wilcock, Mirta Rosenberg, Rodolfo Fogwill, Edgar Lee Master, Adrienne Rich, Marianne Moore, Macedonio Fernández, Cristina Peri Rossi, Dolores Etchecopar, Ana Emilia Lahitte, Néstor Mux, María Elena Walsh, Georg Trakl, Shakespeare, Luis Cernuda, Federico García Lorca, Juan Gelman, Raúl González Tuñón, Néstor Mux, Horacio Preler, Safo, Marguerite Yourcenar, Louise Glück, Góngora, Patricia Suárez, Hugo Mujica y la citada Azucena Salpeter, entre otros. Como podrá apreciarse, he sido más partidario de leer poesía argentina o iberoamericana que extranjera. Pero también hubo en mi vida un interés por conocer cómo era el planisferio de la poesía a lo largo ya lo ancho de este planeta. Sospecho que este año me deparará una lectura de la poesía con mucha mayor intensidad, con la intención de sistematizarla, de trazar las coordenadas en un mapa imaginario que me permita poner en orden esas dispersas experiencias de lectura.

¿Y mientras tanto qué más? Escribir, fallar, corregir, enmendar, revisar, pulir hasta que el poema, brillante, dicte su tiempo para ser publicado.